

Estados Unidos vieron sucederse a la caída del gobierno de Leguía, en el cual ellos mandaban, la caída del gobierno de Irigoyen, en el cual estaban relegados, variaron su teoría de no reconocimiento. Pero en toda esa política no hay sino el cálculo provechoso. Al nativo lo examinan, ya lleve ombligo peruano o argentino, y no lo dejan que cobre poder si no ha de estar con ellos.

Sería interesante, sin presumir erudiciones ni recubrirse del caramelo de que se recubren los llamados «internacionalistas» examinar la conducta de los Estados Unidos con los gobiernos acabados de nacer en el Sur. Si nosotros lo intentáramos, lo haríamos sin abandonar nuestra afirmación de que el Norte no tolera en el Gobierno nada más que al criollo sin asperezas. Toda aspereza retarda la expansión que esa nación viene realizando. El caso del gobierno de Irigoyen es revelador. ¿Qué dice Washington en cuanto tiene la seguridad de que los militares lo han tumbado? Washington se expansiona y da salida a una ira fermentada que venía devorándolo. Su anatema de «bandido» aplicado con tanto placer al nicaragüense rebelde, no podía trasladarlo a la aspereza argentina. El gobierno de Irigoyen resentía profundamente a Washington. Y Washington callaba. Pero caído ese Gobierno los motivos se revelan sin el peligro de romper la vidriosidad internacional.

El *New York Times* hizo recuento de todo lo que Washington resentía de Irigoyen para esperar que viniera un nuevo orden de cosas. No estamos justificando al Gobierno caído, pero sí conviene saber por qué Washington sonó la campana de la victoria junto con los que mandaron a paseo a Irigoyen. Había muchos motivos para el regocijo. Oigamos: «Se ha hecho con frecuencia el cargo de que el Presidente Irigoyen estaba empeñado en una política para combatir todo fin que los Estados Unidos pudieran tener como líderes de las repúblicas del Hemisferio Occidental; de que trató de hacer sentir su campaña particularmente en Europa; de que se empeñó en acabar con cualquier movimiento de parte de los países latinoamericanos tendiente a reconocer a los Estados como factor dominante en actividades que tendieran hacia la cooperación Pan-Americana». Además de esta conducta irreverente, tuvo en su contra el Gobierno de Irigoyen, otros pecados capitales tales como: haber negado su adhesión al Pacto Kellog; haber mostrado irresolución en invitar al Presidente electo Hoover a que visitara la Argentina en su gira de buena voluntad; haberse negado a participar en conferencias Pan-Americanas, una de ellas, la que resolvería la vieja disputa del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, de suma importancia; haber negado cooperación a la Pan-American Sanitary Bureau que se interesaba en el exterminio de la peste bubónica; haberse negado a designar un embajador en Washington; haber criticado abiertamente ante la Liga de Naciones, en Madrid, la Doctrina Monroe.

Qué grave error es ponerse en pugna con el Departamento de Estado Norteamericano! La política que él imponga ha de ser acatada sumisamente hasta por naciones de tanto empuje como la Argentina. Irigoyen pudo ser un déspota, pero Leguía lo era también, con la diferencia de que éste último estaba entregado a la voluntad del Departamento de Estado. Si no lo sostuvieron fué por la rapidez con que los militares lo derrocaron. Si Leguía hubiera logrado

lanzar el S. O. S. con el mando en la mano, no cae y a estas horas Sánchez Cerro (que los pesimistas auguran que será Sánchez Cerro en la redención del Perú) sería calificado de «bandido» y los aviadores de las misiones yanquis volarían complacidos localizándolo para bombardearlo. Pero triunfó y como Irigoyen sucumbió casi en seguida, el Departamento de Estado varió el principio de no reconocimiento y los cubrió con su ala protectora.

Juan del Camino

Limón y octubre del 30.

La América de duelo

La catástrofe de Santo Domingo

Un cordial llamado a la conciencia de los pueblos occidentales

—Envío del autor—

Una de las más espirituales, de las más nobles, de las más hospitalarias de las naciones de la América hispana, se encuentra—y la expresión no es exagerada—en agonía, en la más cruenta de las agonías, luchando en los presentes momentos entre la vida y la muerte, subyugada hoy por elementos ciclópeos de la Naturaleza—tan pródiga para conceder como para arrebatarse—contra los cuales el Hombre, partícula infinitesimal del gran Cosmos, no puede esgrimir ninguna armadura de defensa.

Pueblo hambreado después de la catástrofe, que se arremolina entre escombros y cadáveres queridos, que nada espera de sí porque todo lo ha perdido. Pueblo *suplicado*, tres veces mártir, porque si mártir es un país acribillado y destruido por el Conquistador, (siempre

germina en el vencido brotes de esperanza y de liberación, porque los odios no son eternos y cada individuo es en el fondo de la entraña un hermano en gestación), doblemente, cien veces más lo es aquel pueblo de las Antillas que en unas cuantas horas, de la manera más imprevista y rápida, ha perdido su razón de ser, se ha sumido en las sombras traidoras bajo el peso incontrastable de fuerzas invisibles e invencibles que están más allá del bien y del mal.

Pueblo máximo de rudas lealtades, de arraigadas virtudes cívicas, que conservaba en su vetusta catedral,—la primada de Indias—, preciosamente, venerablemente, el tesoro de las cenizas del viejo Padre atisbador de vuelos de palomas, el Descubridor de un mundo nuevo.

Tierra bañada por el Mar Caribe, que



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283